

les de Puebla y del cuerpo de caballería de la frontera de la Corona. La retaguardia, formada del regimiento de dragones de San Carlos, iba al mando del sargento mayor del de Puebla, D. Miguel del Campo: la reserva, compuesta de un escuadron del regimiento de dragones de España, dos del de San Luis y uno del de Puebla, iba al mando del teniente coronel D. José María Tovar; y en segunda línea de reserva, un cuerpo de seiscientos lanceros de á caballo, á cargo de su comandante, el capitán de dragones provinciales D. Pedro Meneso. Los bagajes y los ranchos del ejército hizo Calleja que se quedaran en el sitio en que habia pernoctado, dejándolos al cuidado del teniente coronel D. Diego Obregon, con una competente escolta.

1810. Mientras el ejército marchaba en la disposición referida, el brigadier Calleja, acompañado del cuartel maestro general D. Ramon Diaz de Ortega y de sus ayudantes, se adelantó á reconocer las posiciones que ocupaban las fuerzas independientes, y el terreno en que debian obrar las suyas.

Aunque la posición que ocupaba el cura Hidalgo era ventajosa por una parte, no dejaba, por otra, de ofrecer circunstancias favorables á los que trataban de atacarle. Estas circunstancias favorables que advirtió inmediatamente Calleja eran, la elevacion de su artillería, lo descubierto de su espalda á la caballería realista de la derecha, y la confusion de aquel gran número de gente dentro de un espacio demasiado corto para maniobrar con desembarazo. Hecho el reconocimiento y dispuestas las tropas al combate, el jefe realista mandó que avanzase la

caballería de la izquierda que, con una compañía de voluntarios, ocupaba una loma tendida sobre el pueblo, al mando del capitán D. Antonio Linares. Este movimiento tenia por objeto amenazar á los contrarios con un ataque por aquel lado, mientras Calleja extendia su línea sobre la derecha, haciendo que la columna de caballería de esta parte, tomase la cima de una loma tendida, que corría de su campo anterior, llamada de la presa de Arroyozarco, hasta mas allá de la izquierda del ejército de Hidalgo, con el fin de cortarle la retirada. Un poco mas sobre la derecha, situó las columnas del centro, para que abrazasen mejor el campo de los independientes. Estas

1810. maniobras, dispuestas en el acto y ejecutadas
 Noviembre. por las tropas realistas con admirable union, prontitud y silencio, como si se hallasen en una parada, llenó de asombro al ejército contrario, para quien esos movimientos eran nuevos, y le hizo comprender la superioridad del enemigo en el arte de la guerra. Aprovechando Calleja esos momentos de estupor de las fuerzas independientes, y ya próximo con su infantería al alcance del cañon de sus contrarios, desplegó en batalla en dos filas, para disminuir el efecto de sus fuegos, distribuyendo su artillería, al mando del teniente coronel Don Juan Diez, en todo el frente y costados. En este orden marcharon las tropas realistas hácia sus contrarios, hasta colocarse bajo los fuegos de sus cañones, cuyas balas, por la falta de instruccion de los artilleros, pasaban por encima de sus cabezas sin causar el menor daño. Calleja mandó entonces romper el fuego de su artillería, y al mismo tiempo hizo que sus tres columnas de ataque em-

pezasen á subir la loma, protegidas por los acertados tiros de sus cañones. Las tropas realistas, venciendo las dificultades que les presentaban el rio y zanja, emprendieron la subida con asombrosa serenidad, para tomar la posicion á la bayoneta. A vista de ese movimiento, empezó á introducirse el desórden en las fuerzas independientes. Entonces, para aumentar su confusion, mandó Calleja á la caballería de la derecha, que atacase á los contrarios por la izquierda, lo que no pudo verificar por las dificultades del terreno, sino dando un largo rodeo. Entre tanto las columnas continuaban su marcha, subiendo imperturbables hácia la cima de la loma. Los independientes, notando que la caballería de la izquierda se dirigia á cortarles la retirada, acabaron de desconcertarse, y apoderándose el terror de las confusas masas de indios, se pusieron en precipitada fuga. La division que llegó primero á lo alto del cerro y formó en ella, sin que los contrarios hubieran osado esperarla, fué la compuesta del primer batallon de la columna de granaderos, bajo las órdenes del coronel D. José María Jalon. Los demás cuerpos de infantería fueron llegando sucesivamente, y formaron en batalla sobre la loma, para sostener á la caballería que marchaba en persecucion de los contrarios, siendo el primero que marchó en persecucion de ellos el conde de San Mateo Valparaiso, con sus lanceros del Jaral.

1810. La pérdida del ejército realista fué la de un
Noviembre. dragon de San Luis, llamado Ignacio Labras, muerto, y la de un granadero de la segunda compañía de Toluca, herido, llamado Mariano Islas. La herida la reci-

bió en la frente, al principio del combate, de un golpe de metralla; pero, lleno de valor, no quiso retirarse, y siguió combatiendo. Por este acto de intrepidez, el virey, además de un premio pecuniario, le concedió llevar en el brazo izquierdo un escudo con esta inscripcion: «Herido en Aculco, no abandonó sus filas». Nadie creyó entonces que las tropas realistas no hubiesen tenido mas que esas dos bajas en una accion en que combatian á cuerpo descubierto, asaltando posiciones dificiles, y todos imaginaban que Calleja ocultaba las pérdidas sufridas para alentar así á su partido. Pero realmente no hubo mas, y fácilmente se explica que se tomase la posicion sin mayor pérdida. La artillería, que era el arma con que podian haber causado algunos estragos los independientes, por falta de buenos artilleros, envió todas sus balas por encima de las cabezas de las columnas de asalto, y las grandes masas de indios, aterradas por la serenidad con que evolucionaban los contrarios, cuya «serenidad», como dice el jefe realista, «hubiera impuesto temor á tropas disciplinadas y aguerridas», emprendieron la fuga, sin que en realidad hubiese habido accion (1). El ejército de Hidalgo tuvo como cien muertos, contando con los de la

(1) «En vista de las considerables pérdidas y quebrantos que habian tenido» (en el monte de las Cruces) «quedaron tan acobardados» (los indios que llevaba Hidalgo) «que no es de extrañarse el que en seguida fuesen derrotados y dispersos en Aculco, sin que casi hubiese habido accion». (D. José María Liceaga, *Adiciones y Rectificaciones*). «Pero ciertamente no pudo ser otra» (la pérdida) «que lo que expresa aquel documento» (el parte de Calleja) «porque no hubo nada que pudiera causarla, pues en realidad no hubo accion». (D. Lucas Alaman, *Hist. de Méj.*)

escaramuza y los hechos en el alcance; cincuenta y tres heridos, de los que murieron diez, y seiscientos prisioneros. Calleja exageró en el parte las pérdidas de sus contrarios de una manera verdaderamente asombrosa, pues decia en él, que «excedian de diez mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros». Su exageracion quedó demostrada por el parte que le envió al mismo Calleja, ocho dias despues, el justicia de Aculco D. Manuel Perfecto Chavez, y que decia así: «El número de muertos que hubo en la batalla de este campo de Aculco, inclusive los de Arroyozarco, son 85 y nada mas; los heridos fueron 53, de estos han muerto diez; entre ellos no parece el comandante de artillería que por V. S. se me encarga, y solo uno de los heridos, dice, que dicho comandante artillero se pasó al regimiento de V. S.»

La exageracion de Calleja excede, como se ve, los límites de lo usual, y es sensible que un militar de su mérito, que realmente lo tenia, llevase la ponderacion hasta el grado referido. «Estas exageraciones», dice Don Lucas Alaman, «fueron tales en el progreso de la guerra, que habiendo un curioso reasumido en un estado el número de muertos que referian los partes de los jefes realistas, resultaba una cantidad tal, que, á ser cierta, la poblacion hubiera disminuido de una manera notable. El redactor de este resumen se dice que fué reprendido y aun castigado por haberlo formado» (1).

(1) «No es esto inverosímil», dice el mismo Alaman en nota marginal, «pues el conde de Valenciana fué reprendido, segun él mismo me dijo, porque no creia las *Gacetas*.»

Calleja se apoderó en esta accion de ocho cañones de á cuatro, que abandonó el ejército de Hidalgo al ser perseguido, de uno de á ocho, que se quedó en el campo de batalla por estar maltratado, de otro de bastante calibre, que cayó en una barranca, ciento veinte cajones de pólvora, diez racimos de metralla, tres cajones de municiones, cuarenta cartuchos de bala y metralla, diez cajas de guerra, y siete banderas, dos de ellas del regimiento de Celaya y una del de Valladolid (1). Tambien recobró Calleja los dos cañones de á cuatro que Trujillo dejó en el monte de las Cruces, con el carro de municiones que abandonó el mismo jefe, y cincuenta balas de hierro de las que, como he dicho, se llevaron de Manila en 1809. El ejército realista cogió además un carro de víveres, mil seiscientos carneros, doscientos caballos y mulas, mil doscientas cincuenta reses mayores, trece mil quinientos cincuenta duros en moneda, muchos fusiles, equipajes, ropa, papeles, y diez y seis coches de los generales y jefes principales, en que iban ocho mujeres jóvenes de simpática figura, esposas, hijas ó parientes de ellos, y que impropriamente llama Calleja el serrallo de los insurgentes, puesto que no debia llamar su atencion ver que en un ejército de mas de cuarenta mil hombres, por mucha que hubiese sido la desercion hasta allí, donde la oficialidad era numerosa, iban ocho mujeres. Tambien fueron hechos prisioneros varios eclesiásticos que iban en el ejército independiente, aunque sin empleo

(1) Las otras dos banderas del regimiento de Celaya estaban en Querétaro con el batallon que se hallaba allí.

militar, entre los cuales se hallaba el doctor D. José María Castañeta y Escalada, que acompañó al cura Hidalgo desde Valladolid, el Dr. D. José María Abad y Cuadra, Fray Manuel Orozco (franciscano) y Fray José María Esquerro (agustino). Personas particulares, que iban igualmente acompañando á Hidalgo, fueron aprehendidas dos, D. José Antonio Valenzuela y D. José Mariano Galvan. Entre los militares prisioneros se hallaba don José Fulgencio Rosales, que habia sido teniente del regimiento de Celaya y era coronel de los independientes.

Triunfantes los realistas y dueños de la poblacion, se dirigieron algunas partidas por las calles para ver si se habian ocultado algunos contrarios en los edificios. Una partida llegó á la casa en que se hallaban García Conde, Rul y Merino con la familia de los Aldamas. Tocando á la puerta, y abierta ésta, el primero que se presentó á la vista de García Conde, fué el capitán Tello, que habia llevado él de España para sargento. Despues de abrazarse por el feliz encuentro, García Conde le dijo que tenia allí á las señoras de Aldama, y envió un recado al brigadier Calleja felicitándole por el triunfo, al cual debia la libertad, y recomendando que á las hijas de D. Juan Aldama y á la esposa de su hermano el licenciado, que le habian sido confiadas, las tratase con el mayor decoro. Calleja se manifestó atento con las affligidas señoras, les dijo que nada temiesen, y les dió un salvo conducto para que fuesen donde gustasen, con lo cual se pusieron en camino sumamente agradecidas á García Conde que habia cumplido como correspondia cumplir á un caballero.

Entre los seiscientos prisioneros que hizo el ejército

realista, se hallaban veintiseis soldados de los cuerpos provinciales que habian abrazado el partido de Hidalgo. El castigo que señalan las leyes militares al que abandona sus banderas y abraza las del contrario, es terrible; y triste era, por lo mismo, la suerte que debian esperar aquellos veintiseis desgraciados á quienes comprendia la severa ley. Con efecto: sujetos á un consejo de guerra, y con dictamen del asesor, fueron quintados, y los cinco en quienes cayó la fatal suerte, fueron pasados por las armas. A los veintiuno restantes se les condenó á diez años de presidio. Al comun de los demás prisioneros, se les puso en libertad. Los eclesiásticos y las personas de alguna distincion fueron conducidas á Querétaro, donde se les puso en varios conventos.

El ejército realista, despues de haber pernoctado en Aculco, salió hácia Querétaro con el objeto de perseguir á las fuerzas insurgentes, sin permitir que volvieran á rehacerse (1).

El cura Hidalgo y D. Ignacio Allende tomaron en su retirada distinto rumbo, aunque sabiendo cada uno el

(1) Don Carlos María de Bustamante, en su Cuadro histórico, asienta que los realistas robaron la custodia de la parroquia de Aculco, cuyo hecho asegura que se probó en el arzobispado; pero D. Lucas Alaman dice que no se atreve á admitir el aserto de aquél, porque habiendo notado en él que no es leal al hablar de los documentos oficiales pertenecientes al gobierno, no le inspira confianza lo que refiere respecto del robo de la custodia. Tampoco me he atrevido yo á consignar esa noticia, no solamente por esa observacion que hace el señor Alaman, que es bastante fuerte, sino porque el silencio que guarda sobre ese punto D. José María de Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*, me persuade que el señor Bustamante pudo estar mal informado.

que el otro llevaba. La desercion del ejército habia sido casi completa. Puede decirse que las numerosas masas que poco antes cubrian los montes y los caminos por donde pasaban, habian desaparecido como el humo.

La noticia de la derrota se supo á los pocos dias en las poblaciones en que habian quedado autoridades puestas por el cura Hidalgo antes de su marcha para Méjico. En Guanajuato circuló la nueva muy en breve, contada por algunos de los soldados dispersos, y el dia 12 se supo ya de una manera positiva, por un oficio que recibió en esa fecha el intendente Gomez, enviado de Celaya por don Ignacio Allende. En ese documento le daba cuenta de la derrota que el ejército independiente acababa de sufrir en Aculco, y le ordenaba que dispusiese alojamiento para tres mil hombres que marchaban á Guanajuato con el objeto de proveerse de nueva artillería (1).

El estado en que la tropa de Allende llegó á Celaya, era verdaderamente deplorable. Su escaso número, lo estropeado de sus vestidos y las pocas armas que llevaban, llenó de asombro á los que pocos dias antes le habian

(1) Estos pormenores con respeto á Guanajuato los he tomado de las *Adiciones y Rectificaciones*, hechas á la historia de Alaman por D. José María de Liceaga. A su buen criterio y sinceridad, reúne la circunstancia de haberse hallado en aquella época en Guanajuato. Era abogado, tenia las principales relaciones, y «andaba, como él dice, observando cuanto pasaba, é inquiriendo muy prolijamente lo que se escapaba á su vista,» por lo cual, añade, «puedo dar una noticia muy individual y exacta de lo que pasó en la capital» (de la provincia de Guanajuato) «en la época en que estuvo ocupada por los insurgentes, y en todas las posteriores».

visto dirigirse á Méjico, lleno de esperanza y de entusiasmo. Despues de haber descansado en Celaya el tiempo necesario para continuar la marcha, Allende, sin haberse encontrado en la retirada con el cura Hidalgo, se dirigió á Guanajuato, como le habia avisado ya al intendente Gomez, cuyo oficio recibió éste el 12 de Noviembre, como dejo referido (1). En el momento en que se recibió la comunicacion, el referido intendente y comandante de las armas, Gomez, convocó al ayuntamiento con el objeto de disponer una brillante recepcion para la tarde del siguiente dia en que debia llegar Allende. Cuando se trataba en cabildo sobre lo que podria dar mas solemnidad al recibimiento, se oyó en la plaza mayor un alboroto y tropel de gente y caballos, que llenó de sobresalto á los miembros del Ayuntamiento. Temerosos de que se hubiera alterado el orden y deseando conocer la causa de los gritos y voces que se oian, se asomaron á los bal-

(1) Don Emilio del Castillo Negrete, en su obra *México en el Siglo XIX*, dejándose llevar de conjeturas, dice que «parece fuera de duda que el ejército independiente siguió su marcha de retirada hasta Celaya; que allí, en virtud de una nueva combinacion del Sr. Hidalgo, se acordó que el Sr. Allende marchase á la provincia de Guanajuato con casi todas las fuerzas, haciéndose de la capital, mientras que el Sr. Hidalgo, acompañado de unos cuantos, se dirigió á Valladolid á reparar sus pérdidas». Que no hubo en Celaya esa combinacion que supone el Sr. Negrete, se ve por la carta que con fecha 20 del mismo mes le escribe Allende al cura Hidalgo desde Guanajuato, en la que le dice: «Desde Salvatierra contesté á V. diciendo, que mi parecer era el de que se fuese V. á Valladolid y yo á Guanajuato, para llevar tropas y cañones». Si hubieran tenido junta alguna en Celaya y la combinacion que cree el Sr. Negrete, claro es que Allende haria mencion de ella, como cosa formal, y no á la contestacion que le dió por escrito desde Salvatierra, no como una cosa convenida, sino como simple parecer.

cones de las Casas Consistoriales. Un triste y repugnante espectáculo se presentó á su vista. Enfrente del edificio se hallaba el cadáver desnudo de un hombre, muerto á lanzadas, tendido y amarrado sobre un mulo. Por largo espacio lo tuvieron delante de los balcones de la sala capitular los que le habian quitado la vida, que eran unos cuantos soldados sin jefe, de las partidas sueltas que andaban por los pueblos, armados de lanzas, escopetas y trabucos. Despues lo pasearon por las calles de la ciudad, hasta que, por fin, lo llevaron á la iglesia, donde le dieron sepultura. La desgraciada víctima se llamaba D. Manuel Salas, era criollo, vecino del pueblo de Dolores, que se habia unido á Calleja cuando éste y D. Manuel Flon, conde de la Cadena, se reunieron en aquella poblacion. Preso despues, le conducian á Guanajuato, y le quitaron la vida á la entrada de la ciudad. Los regidores entendieron que este sangriento espectáculo habia tenido por objeto infundir terror en sus ánimos y en el de los vecinos mas distinguidos que, en general, no eran adictos á la revolucion (1).

Dispuesto lo conveniente para la recepcion de Allende, el intendente Gomez, la oficialidad y el ayuntamiento, aunque este último no en forma de corporacion, estuvieron esperando toda la tarde del 13 para recibirle. Pocos momentos despues de haberse ocultado el sol, á la oracion de la noche, llegó Allende con dos mil hombres de

(1) Exposicion del Ayuntamiento de Guanajuato. El lector puede ver en el Apéndice esta exposicion, donde se refieren los mas importantes hechos verificados en Guanajuato.

caballería, la mayor parte sin armas, que habian estado en Celaya con D. Toribio Huidrobo, con treinta dragones del regimiento de la Reina, con alguna parte de la tropa que habia pertenecido á los cuerpos provinciales, y con ocho cañones de á cuatro. Iban con él los tenientes generales D. Juan Aldama, D. Mariano Gimenez, y los mariscales de Campo D. Joaquin Arias, D. Mariano Abasolo, D. Juan Ocon, y el licenciado D. Ignacio Aldama, ministro de Gracia y Justicia, con otros muchos jefes y oficiales. La entrada se solemnizó con arreglo á lo que estaba dispuesto por el intendente, con un repique general y salvas de artillería, que se hicieron con cuatro cañones colocados en la Plaza Mayor.

El cura Hidalgo, deseando reparar las pérdidas sufridas y volver á reanimar el espíritu de los que pudieran haber decaído de valor por el revés sufrido, se dirigió á Valladolid con una corta fuerza de caballería y con algunas personas que le acompañaban, habiendo perdido en la retirada de Aculco hasta la ropa de su uso. El intendente D. José María Anzorena y las autoridades de Valladolid le recibieron con salvas de artillería y repiques de campanas, al mismo tiempo que el pueblo llenaba el aire de estrepitosos vivas y aclamaciones, alentando con sus demostraciones de entusiasmo el corazon del caudillo de la independencia para continuar la empresa.

Tratando el cura Hidalgo de destruir la mala impresion que pudiera causar en el ánimo de sus adictos la noticia del descalabro sufrido, publicó en Celaya, á donde llegó despues de haber salido Allende para Guanajuato, una circular que envió á todas las poblaciones y autori-